Accidente grave en el trabajo: qué hacer en los primeros minutos



Son las diez y cuarto de la mañana. Se escucha un golpe seco, después un silencio de esos que se sienten en el estómago, y enseguida alguien grita un nombre. En ese instante nadie está leyendo un procedimiento. Cada uno hace lo que le sale: unos corren, otros se quedan paralizados, otros levantan al compañero para llevarlo en brazos. Y es en esos primeros minutos donde muchas veces se define cuánto va a costar el accidente.

Hablamos mucho de prevención, y con razón: si cortamos el accidente antes de que nazca, nos ahorramos todo lo demás. Pero también hay que ser honestos. A pesar de los controles, las capacitaciones y el buen trabajo, a veces ocurre algo grave. Hoy no vamos a hablar de cómo evitarlo, sino de qué hacer en ese momento y en las horas siguientes, porque cualquiera de nosotros puede ser el primero en llegar.

¿Por qué los primeros minutos lo cambian todo?

Un accidente grave no avisa, y por eso nos agarra mal parados. Con el corazón a mil y la adrenalina en alto, el cuerpo decide solo, y las decisiones que se toman en esos segundos casi nunca son las mejores. Por eso los mismos errores se repiten en tantos lugares de trabajo.

El primero es correr hacia el lesionado sin mirar qué lo lastimó. Si hay un cable energizado, una pérdida de gas, una carga suspendida o un tanque sin oxígeno, el que llega primero puede terminar en el piso al lado de su compañero. En los espacios confinados, una parte muy importante de las víctimas fatales son personas que entraron a rescatar a otra. El segundo error es mover al accidentado por apuro, sobre todo si se cayó de altura o recibió un golpe fuerte, porque una lesión de columna puede agravarse con un solo movimiento. El tercero es amontonarse alrededor, tapar la ventilación, estorbar a quienes sí saben qué hacer o quedarse esperando que 'alguien' llame. Cuando todos creen que otro ya llamó, nadie llamó.

Las consecuencias no se limitan a quien se lastimó. Unos minutos de demora pueden ser la diferencia entre una recuperación completa y una secuela permanente. A esto se suman una familia cuya vida cambia con una llamada y un equipo que queda golpeado. **La buena voluntad sin método también puede lastimar.** Por eso la respuesta ante una emergencia no se improvisa: se aprende y se practica antes de necesitarla.

Primero la escena, después la víctima

Entonces, ¿qué hacemos primero? Aunque el instinto nos empuje hacia el herido, el orden correcto es **proteger, avisar y socorrer**. Proteger significa frenar un segundo y mirar: ¿sigue el peligro que provocó el accidente? Si hay una máquina en movimiento, se detiene con la parada de emergencia y se bloquean sus energías. Si hay riesgo eléctrico, se corta la energía desde el tablero o se espera al personal autorizado, y jamás se toca a una persona que podría estar electrizada. Si hay fuego, humo o derrame, se actúa según el plan de emergencia de la planta, y el extintor lo usa solo quien está capacitado, con la salida siempre a sus espaldas. Si el peligro es el tránsito de vehículos, se señaliza y se corta el paso.

Pero hay una regla que no se negocia: si el riesgo no se puede controlar, no se ingresa. Se mantiene a todos a distancia hasta que llegue la brigada, los bomberos o el personal de mantenimiento. Un segundo accidente nunca ayuda al primero.

Con la zona razonablemente segura viene el segundo paso, que es avisar, y avisar bien. Una persona llama al servicio médico de la empresa o a la emergencia local, el 911, y habla con calma: quién llama, dónde está exactamente, qué pasó, cuántos lesionados hay y en qué estado. No corta hasta que se lo indiquen. Otra persona espera a la ambulancia en el acceso y deja los portones abiertos. Y conviene asignar las tareas por nombre: 'Marcos, llama al 911'. Así se evita el 'pensé que ya había llamado alguien'. **Un aviso claro vale más que diez personas corriendo.**

Primeros auxilios: lo que sí y lo que no

Recién ahora, con el lugar controlado y la ayuda en camino, se socorre a la persona. Los primeros auxilios bien dados buscan tres cosas: sostener la vida, evitar que la lesión empeore y dar tranquilidad hasta que llegue el personal médico. Primero se verifica si responde y si respira. Si no respira y hay alguien capacitado, se inicia la reanimación cardiopulmonar y se usa el desfibrilador si hay uno disponible, siguiendo sus indicaciones. Si hay una hemorragia, se presiona directamente sobre la herida con una gasa o una tela limpia, sin soltar. Si está consciente, se lo abriga, se le habla y se le pregunta cómo se llama, porque mantenerlo orientado también es atención.

Hay cosas que no se hacen. No se mueve a la persona, salvo que donde está corra peligro inmediato de vida, por ejemplo por fuego o derrumbe. No se la sienta ni se la levanta 'para que se le pase'. No se le da de comer, ni de beber, ni medicamentos. No se retira un objeto clavado, se lo inmoviliza. Y no se la sube a un auto particular para 'ganar tiempo' cuando hay una ambulancia en camino, porque el traslado lo decide el personal médico, que sabe cómo moverla sin agravar la lesión.

Hacer poco, pero hacerlo bien, salva más que hacer mucho y apurado. Por eso la capacitación en primeros auxilios y reanimación no es un trámite que se cumple una vez por año: es el momento en que alguien de este equipo puede ser decisivo para otro.

Después de la ambulancia: avisar, cuidar la escena y recordar los hechos

Ahora bien, el trabajo no termina cuando la ambulancia se va. Hay que avisar de inmediato al supervisor y al área de Seguridad e Higiene, porque desde ahí se activan los pasos que exige la normativa: la denuncia a la ART, los avisos que corresponden ante la SRT, la comunicación al servicio médico y, con mucho cuidado, a la familia. Esa comunicación la hacen las personas designadas, con información confirmada y, siempre que sea posible, de manera personal o por teléfono. No la hacemos nosotros, y menos aún por WhatsApp. Tampoco se sacan fotos ni se mandan videos a los grupos: eso protege la dignidad del compañero y evita que su familia se entere por una cadena.

Mientras tanto, la escena se cuida. Una vez controlado el peligro, y salvo que sea indispensable, no se mueven ni se limpian equipos, herramientas o materiales, y no se vuelve a arrancar la máquina involucrada. Ese lugar cuenta qué pasó. En cuanto sea posible, conviene anotar el nombre completo de la víctima, la hora y el sitio exacto, qué estaba haciendo, qué lesión se vio, qué primeros auxilios se dieron y quién los dio, adónde fue trasladada y quiénes presenciaron lo ocurrido. La memoria se deforma en pocas horas, y un dato anotado a tiempo puede ser clave después.

A esto se suma algo que muchos olvidan: quienes presenciaron el accidente también quedaron afectados. Ver caer a un compañero deja huella. Por eso se les ofrece un espacio, se les pregunta cómo están, se les facilita apoyo psicológico si lo necesitan y no se los manda de vuelta a la tarea como si nada hubiera pasado.

Lo único que se gana con un accidente

Cuando llegan las preguntas de Seguridad, del supervisor o de la ART, puede parecer que buscan un culpable. No es así. Un accidente grave deja una única ganancia posible: aprender cómo evitar que se repita. Una buena investigación, como lo pide la norma ISO 45001 para los incidentes, no se queda en 'se distrajo' o 'no usó el equipo'. Busca las causas de fondo: un procedimiento imposible de cumplir, una protección que faltaba, un apuro heredado de la planificación, una capacitación que nunca llegó. Por eso, contar todo lo que uno vio, incluso lo que incomoda, es una forma de cuidar a los compañeros.

Pensemos en todo lo que desencadena un accidente grave: la ambulancia, los trámites, las reuniones, la preocupación de una familia, el silencio en el vestuario. Hay una sola manera de evitarlo, y es que no ocurra. **Los planes de emergencia no existen para usarlos; existen para que, si hay que usarlos, nadie improvise.**

La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura se nota en cómo trabajamos todos los días y también en cómo respondemos cuando algo sale mal.